

R B A

Alain de Botton

Del amor

Un mapa de los
sentimientos amorosos



Título original: *Essays in Love*.

© Alain de Botton, 1993, 2006.

© de la traducción: Juan José del Solar.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2013.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: OEBO383

ISBN: 978-84-9006-856-4

Composición digital: Víctor Igual, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

[FATALISMO ROMÁNTICO](#)
[IDEALIZACIÓN](#)
[EL SUBTEXTO DE LA SEDUCCIÓN](#)
[AUTENTICIDAD](#)
[MENTE Y CUERPO](#)
[MARXISMO](#)
[NOTAS EN FALSO](#)
[AMOR O LIBERALISMO](#)
[BELLEZA](#)
[PALABRAS DE AMOR](#)
[¿QUÉ VES EN ELLA?](#)
[ESCEPTICISMO Y FE](#)
[INTIMIDAD](#)
[CONFIRMACIÓN DEL YO](#)
[INTERMITENCIAS DEL CORAZÓN](#)
[EL MIEDO A LA FELICIDAD](#)
[CONTRACCIONES](#)
[TERRORISMO ROMÁNTICO](#)
[MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL](#)
[PSICOFATALISMO](#)
[SUICIDIO](#)
[EL COMPLEJO DE JESUCRISTO](#)
[ELIPSIS](#)
[LECCIONES DE AMOR](#)
[Notas](#)

FATALISMO ROMÁNTICO

1. En ningún lugar es tan intenso el anhelo de un destino como en nuestra vida romántica. Obligados con excesiva frecuencia a compartir nuestro lecho con gente incapaz de sondear nuestra alma, ¿por qué no podría perdonársenos el que creamos [contraviniendo todas las normas de nuestra época ilustrada] que algún día el hado nos hará conocer al hombre o a la mujer de nuestros sueños? ¿No podría disculpársenos cierta fe supersticiosa en una persona que acabe siendo la solución a nuestros inexorables deseos? Y aunque nuestras súplicas jamás reciban respuesta, aunque acaso no podamos poner fin al sombrío ciclo de la incompreensión mutua, si los cielos llegaran a apiadarse de nosotros ¿cabría esperar realmente que atribuyamos el encuentro con nuestro príncipe o nuestra princesa a una mera coincidencia? ¿No podríamos por una vez evadirnos de la censura racional y leer en todo aquello una parte inevitable de nuestro destino romántico?

2. Sin pensar para nada en historias de amor, mediada una mañana de principios de diciembre iba yo sentado en la clase turista de un avión de la British Airways que hacía su trayecto entre París y Londres. Acabábamos de cruzar la costa normanda, donde un manto de nubes invernales había dado paso a un paisaje ininterrumpido de brillantes aguas azules. Aburrido e incapaz de concentrarme, había

cogido la revista de la compañía aérea para empaparme pasivamente de información sobre las ofertas hoteleras de los centros turísticos y los servicios del aeropuerto. Había algo tranquilizador en ese vuelo: la sorda vibración de los motores, el silencioso interior gris y las sonrisas dulzonas de las azafatas. Un carrito con un surtido de bebidas y aperitivos iba avanzando por el pasillo y, pese a no tener yo hambre ni sed, me transmitió esa vaga expectativa que pueden despertar las comidas en los aviones.

3. Quizá con cierto morbo, la pasajera sentada a mi izquierda se había quitado los auriculares para estudiar el folleto sobre medidas de seguridad colocado en el bolsillo del asiento delantero. Describía el accidente ideal: los pasajeros aterrizaban suavemente y en calma sobre tierra o agua, las señoras se quitaban sus tacones altos y los niños inflaban correctamente sus chalecos salvavidas con un fuselaje aún intacto y un combustible que, oh milagro, no llegaba a inflamarse.

4. —Si este aparato se viene abajo, no hay quien se salve. ¿Qué querrán decir estos bromistas? —preguntó la pasajera sin dirigirse a nadie en particular.

—Pienso que quizás eso tranquilice a los pasajeros —repliqué, pues yo era su único oyente.

—Ojo, que tampoco es una mala manera de irse, y muy rápido, sobre todo si uno choca contra tierra y va sentado delante. Un tío mío murió en un accidente aéreo. ¿Algún conocido suyo ha tenido una muerte parecida?

Nadie, pero no tuve tiempo de contestarle pues se acercó una azafata que [ajena a las dudas éticas que acabábamos de atribuir a sus superiores] nos ofreció un refrigerio. Pedí un vaso de zumo de naranja y estaba a punto de

rechazar una bandeja de bocadillos poco apetitosos cuando mi compañera de viaje me susurró:

—Acéptelos, que me los comeré yo. Me muero de hambre.

5. Tenía el pelo castaño y tan corto que dejaba la nuca al descubierto; sus grandes ojos, de un verde acuoso, se negaban a mirar los míos. Llevaba una blusa azul, y una chaqueta de lana gris cubría sus rodillas. Sus hombros eran delgados, casi quebradizos, y el desaliño de sus uñas revelaba que se las mordía a menudo.

—¿Seguro que no le apetecen?

—En absoluto.

—Disculpe, no me he presentado. Me llamo Chloe — anunció tendiéndome su mano por encima del brazo del asiento con una formalidad un tanto enternecedora.

Siguió luego un intercambio de datos biográficos. Chloe me contó que había estado en París para asistir a una feria de muestras. Llevaba un año trabajando como diseñadora gráfica para un revista de modas en el Soho. Había estudiado en el Royal College of Art y, aunque nacida en York, se había trasladado a Wiltshire de niña; ahora [a los veintitrés] vivía sola en un apartamento en Islington.

6. —Espero que no me hayan extraviado el equipaje —dijo Chloe cuando el avión inició el descenso hacia Heathrow—. ¿No teme usted que puedan extraviarle el equipaje?

—Nunca pienso en ello, pero ya me ha pasado dos veces, una en Nueva York y la otra en Frankfurt.

—Oh, yo detesto viajar —suspiró Chloe mordiéndose la punta del índice—. Y sobre todo detesto las llegadas, me producen una auténtica angustia. Cuando paso fuera una temporada, siempre pienso que algo terrible ha ocurrido

en mi ausencia, que se ha reventado alguna tubería, o que he perdido mi trabajo o que mis cactus se han muerto.

—¿Tiene cactus en casa?

—Varios, me dio por ahí una temporada. Son fálicos, ya lo sé, pero es que pasé un invierno en Arizona y quedé bastante fascinada por ellos. ¿Tiene usted alguna mascota?

—Antes tenía unos cuantos peces.

—¿Y qué les pasó?

—Estuve viviendo con una amiga hace unos años. Y creo que le entraron celos o algo así, porque un día apagó el dispositivo que renueva el agua de la pecera y se murieron todos.

7. La conversación discurrió sin rumbo fijo, permitiéndonos entrever la manera de ser de cada uno —como esas instantáneas que uno va captando en una tortuosa carretera de montaña— antes de que las ruedas rebotaran sobre la pista de aterrizaje, los motores recibieran la orden de frenar y el avión se dirigiera lentamente a la terminal del aeropuerto, donde volcó su carga en la atestada zona de inmigración. Cuando recogí mi equipaje y pasé la aduana, ya me había enamorado de Chloe.

8. Hasta que uno no esté realmente muerto [y en tal caso habría que considerarlo imposible] es difícil pensar que alguien haya sido el amor de su vida. Pero resulta que a mí, muy poco después de conocerla, no me pareció nada descabellado pensar en Chloe en estos términos. No podría decir a ciencia cierta por qué entre todos los sentimientos disponibles y sus posibles destinatarios, de pronto tuvo que ser amor lo que sentí por ella. No pretendo conocer la dinámica interna de este proceso, ni puedo confirmar estas palabras con nada que no sea la autoridad de la experiencia vivida. Solo puedo contar que pocos días después de

mi regreso a Londres, Chloe y yo pasamos una tarde juntos. Luego, pocas semanas antes de Navidad, cenamos en un restaurante de la zona oeste de la capital y, como si fuera la cosa más extraña y a la vez la más natural del mundo, terminamos la velada haciendo el amor en su apartamento. Ella pasó las navidades con su familia y yo me fui a Escocia con unos amigos, pero acabamos llamándonos por teléfono cada día, a veces hasta cinco veces diarias, no para decirnos algo en concreto, sino simplemente porque ambos sentíamos que hasta entonces nunca habíamos hablado así con nadie, que todo lo demás habían sido compromisos y autoengaños, que por fin ahora éramos capaces de entender y de hacernos entender, y que la espera [mesiánica por naturaleza] había llegado a su fin. Reconocí en ella a la mujer que había estado buscando torpemente durante toda mi vida, un ser cuyos atributos se hallaban prefigurados en mis sueños, cuya sonrisa y cuyos ojos, cuyo sentido del humor y buen gusto literario, cuyas angustias y cuya inteligencia se correspondían perfectamente con los de mi ideal.

9. Y como llegué a sentir que estábamos realmente hechos el uno para el otro [ella no solo terminaba mis frases, sino que pasó a completar mi vida], me resultó imposible aceptar la idea de que mi encuentro con Chloe había sido pura coincidencia. Perdí la capacidad de reflexionar sobre el problema de la predestinación con el despiadado escepticismo que, según algunos, en el fondo requería. Sin ser por lo normal supersticiosos, Chloe y yo echamos mano de una serie de detalles, por muy triviales que fuesen, para confirmar algo que ya habíamos intuido, a saber: *que estábamos destinados el uno para el otro*. Nos enteramos de que ambos habíamos nacido hacia la medianoche [ella a las 23.45 y yo a la 1.15] en el mismo mes de un año par. Ambos había-

mos tocado el clarinete y participado en escenificaciones escolares de *El sueño de una noche de verano* [en las que ella había representado el papel de Helena, y yo, el de un sirviente de Teseo]. Ambos teníamos dos grandes manchas en el dedo gordo del pie izquierdo y una cavidad en la misma muela posterior. Ambos teníamos la costumbre de estornudar debido a la intensidad del sol y sacar el ketchup de la botella con un cuchillo. Hasta teníamos la misma edición de *Ana Karenina* en nuestras estanterías [la vieja edición de Oxford]: pequeños detalles tal vez, pero ¿no eran acaso cimientos suficientes para que los creyentes fundasen una nueva religión?

10. Sublimando la existencia hasta cargarla de significado, atribuimos al tiempo una dimensión narrativa que no le es inherente. Chloe y yo mitificamos nuestro encuentro aéreo como si hubiera sido un designio de Afrodita, la escena inicial del primer acto del más clásico y mítico de los géneros narrativos: la historia de amor. Fue como si, desde el día mismo en que nacimos, la gigantesca mente que domina el firmamento hubiera estado desviando sutilmente nuestras órbitas para que un día pudiésemos encontrarnos en el puente aéreo París-Londres. Como ya era realidad para nosotros, podíamos pasar por alto las innumerables historias que no llegan a ocurrir, esas novelas sentimentales que jamás llegan a escribirse porque alguien pierde un avión o un número telefónico. Al igual que los historiadores, estábamos inconfundiblemente del lado de lo que había sucedido; habíamos olvidado la naturaleza fortuita de cualquier situación y, por lo tanto, éramos culpables de construir grandes obras narrativas, los Hegel y Spengler de nuestras propias vidas. Al asumir el papel del narrador [el que llega después del acontecimiento], habíamos transformado, mediante un proceso alquímico, nuestro encuentro aéreo en un su-

ceso intencionado y significativo, atribuyendo a nuestras vidas un inadmisibile grado de causalidad. De ese modo fuimos culpables de dar un paso sumamente místico, o [por decirlo en términos más amables] literario.

11. Claro está que debimos ser más racionales. Ni Chloe ni yo volábamos regularmente entre las dos capitales, ni habíamos planeado que nuestros respectivos viajes durasen un tiempo determinado. Chloe fue enviada a París por su revista en el último momento, después de que el subdirector cayera enfermo, y yo había ido solo porque un trabajo de arquitectura que me encomendaron en Burdeos había concluido con la antelación suficiente para permitirme pasar allí unos días con mi hermana. Los dos servicios habituales de enlace aéreo entre Charles de Gaulle y Heathrow nos ofrecían seis vuelos posibles entre las nueve de la mañana y la hora de almuerzo del día en que habíamos pensado volver. Como ambos queríamos estar de vuelta en Londres a primera hora de la tarde del 6 de diciembre, pero hasta el último minuto no tuvimos claro qué vuelo acabaríamos tomando, la probabilidad matemática de que coincidiéramos en el mismo vuelo [aunque no necesariamente en asientos contiguos] era, aquella mañana, de una entre treinta y seis.

12. Más tarde, Chloe me contó que había querido coger el vuelo de Air France de las diez y media, pero un botellín de champú se le abrió justo cuando se disponía a salir de su habitación, y ello la obligó a hacer de nuevo la maleta y perder diez minutos valiosísimos. Para entonces ya le habían preparado la cuenta, que pagó con su tarjeta de crédito, y un taxi la estaba esperando; eran las nueve y cuarto, y las posibilidades de que cogiera el vuelo de Air France de las diez y media habían disminuido notablemente. Cuando llegó al aeropuerto tras sortear un intenso tráfico cerca de

la Porte de la Villette, los pasajeros ya habían embarcado y, como no quería esperar el próximo vuelo de Air France, se dirigió al mostrador de British Airways, donde hizo una reserva en el avión de las 10.45 a Londres, en el cual [y por una serie de razones personales] yo también tenía una plaza.

13. Poco después, el ordenador dispuso las cosas de manera que a Chloe le asignaron el asiento 15A, situado sobre el ala del avión, y a mí el de al lado, el 15B [véase fig. 1]. Lo que ignorábamos cuando empezamos a hablar sobre el folleto de instrucciones de seguridad era la minúscula probabilidad de que nuestra discusión pudiese llegar a producirse; como era improbable que ella o yo volásemos en la clase Club, y había 191 asientos en la clase turista, y como a Chloe le habían asignado el asiento 15A y a mí, por pura casualidad, el 15B, la probabilidad teórica de que Chloe y yo ocupásemos asientos contiguos [aunque no podían calcularse las posibilidades de que realmente nos hablásemos] era del orden de 110 entre 17.847, una cifra reducible a la probabilidad de uno entre 162,245.

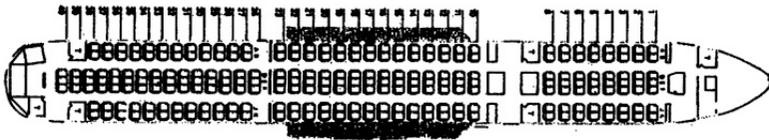


FIGURA 1. Boeing 767 de British Airways.

14. Es evidente que esta era la probabilidad de que nos sentáramos juntos si solo hubiera habido *un* vuelo entre París y Londres, pero como había seis y ambos habíamos dudado entre esos seis para acabar eligiendo el mismo, había que multiplicar además la probabilidad por esa casualidad

original de uno entre treinta y seis, lo que arrojaba la probabilidad final de que Chloe y yo nos conociésemos una mañana de diciembre sobrevolando el canal de la Mancha a bordo de un Boeing de British Airways como una probabilidad entre 5.840,82:

$$[p= 1/36 \rightarrow 110/17.847 = 1/162 (0,245) \rightarrow 1/162,245 \times 36 = 1/5.840,821]$$

15. Y, sin embargo, así había sido. Lejos de convencernos de la racionalidad de los argumentos, el cálculo solo contribuyó a reforzar la interpretación mística de nuestro enamoramiento. Si las posibilidades de que se produzca un acontecimiento son remotísimas y, pese a ello, se produce, ¿no podría perdonársenos el que invoquemos una explicación fatalista? Al echar una moneda, que solo exista una probabilidad entre dos me impide recurrir a Dios para explicar el resultado final: cara o cruz. Pero tratándose de una probabilidad tan remota, vale decir de uno entre 5.840,82, parecía imposible, al menos desde la perspectiva del amor, que pudiera no ser simple y llanamente el destino. Haría falta una mente muy firme para contemplar sin superstición la enorme improbabilidad de un encuentro que acabó modificando nuestras vidas. Alguien [a 30.000 pies de altura] tuvo que haber movido una serie de hilos en el cielo.

16. Existen dos puntos de vista que permiten dar razón de los acontecimientos situados en el ámbito de la probabilidad. La actitud filosófica se limita a considerar las motivaciones principales, adscribiéndose a la ley de la navaja de Ockham y afirmando la necesidad de reducir las razones que subyacen a los acontecimientos para que no se multipliquen más allá de la estricta necesidad causal. Esto equivale a buscar las razones que expliquen del modo más inmediato lo ocurrido, en mi caso la probabilidad de que a

Chloe y a mí nos asignaran asientos contiguos en el mismo vuelo, no la posición de Marte en relación con el Sol, ni la estructura argumental de un destino romántico. Sin embargo, la aproximación mística no se resiste a enredar con teorías más amplias acerca del universo. Un espejo se cae de la pared y se hace añicos. ¿Por qué habrá ocurrido esto? ¿Qué puede significar? Para el filósofo no significa sino que un espejo se ha caído al suelo, que un ligero seísmo y ciertas fuerzas sometidas a las leyes de la física han conspirado [según una probabilidad calculable] para que el espejo se cayera en ese preciso momento. Para el místico, sin embargo, el espejo roto está cargado de significación, es una señal ominosa de que se avecinan nada menos que siete años de infortunio, la retribución divina por millares de pecados cometidos y el heraldo de millares de castigos.

17. En un mundo en el que Dios murió hace cien años y los ordenadores, no los oráculos, predicen el futuro, el fatalismo romántico ha dado un peligroso giro hacia el misticismo. Que yo me aferrase a la idea de que el destino nos había reunido a Chloe y a mí en un avión para que nos enamorásemos, suponía apegarme a un sistema de creencias primitivo equiparable a leer las hojas del té o escrutar en la bola de cristal. Si bien Dios no jugaba a los dados, lo cierto es que Él o Ella tampoco regentaba una agencia matrimonial.

18. No obstante, al estar rodeados por el caos resulta comprensible que tendamos a mitigar todo el horror de la contingencia insinuando que ciertas cosas nos ocurren porque tienen que ocurrirnos, dando así al fárrago de la vida una intencionalidad y una dirección que la apuntalen. Aunque los dados puedan rodar de muchas maneras, nosotros esbozamos frenéticamente pautas de inevitabilidad, sobre to-

do por si algún día acabamos enamorándonos de forma inevitable. Nos vemos forzados a creer que este encuentro con nuestro redentor —objetivamente fortuito y, por lo tanto, improbable— ya había sido escrito en un pergamino que se va desenrollando poco a poco en el cielo, y que por consiguiente el tiempo quizá tenga que revelarnos [por muy reticente que haya sido hasta ahora] la figura de nuestro elegido. Pero ¿qué hay detrás de esta tendencia a leer las cosas como si fueran parte de un destino? Quizá solo su contrario, la angustia ante la contingencia, el miedo a que el escaso sentido que tienen nuestras vidas no sea sino una creación nuestra, que no exista pergamino alguno [y por ende ningún hado previo que nos aguarde] y que lo que pueda o no pueda ocurrirnos [el que podamos conocer o no a alguien en los aviones] no tenga otro sentido que el que pretendamos atribuirle; en pocas palabras, el temor de que no haya un Dios que cuente nuestra historia y, por lo tanto, garantice nuestros amores.

19. El fatalismo romántico ha sido, sin duda, un mito y un espejismo, pero esa no era razón para desecharlo porque fuese disparatado. Los mitos pueden adquirir una importancia que va más allá de su mensaje principal; no tenemos por qué creer en los dioses griegos para saber que nos dicen algo vital sobre el espíritu del hombre. Era absurdo suponer que Chloe y yo estábamos predestinados a encontrarnos, pero también era perdonable pensar que las cosas tenían que ocurrir forzosamente así. En nuestra ingenua creencia, solo nos defendíamos contra la idea de que igual hubiéramos podido enamorarnos de otra persona si el ordenador de la compañía aérea hubiese combinado las cosas de otro modo, una idea inconcebible cuando el amor está tan ligado a la singularidad del ser amado. ¿Cómo hubiera yo imaginado que el papel que Chloe llegó a desem-

peñar en mi vida también hubiese podido representarlo otra persona, cuando lo cierto es que me enamoré de sus ojos y de su manera de encender un cigarrillo y de besar, de contestar el teléfono y de peinarse?

20. Gracias al fatalismo romántico evitamos la impensable idea de que la necesidad de amar es siempre previa a nuestro amor por alguien en particular. Elegimos forzosamente a nuestro compañero o compañera dentro de los límites marcados por la gente a la que conocemos, y como existen distintos límites, distintos vuelos y distintos períodos o acontecimientos históricos, pudo no haber sido Chloe la persona de la que yo acabase enamorándome, algo en lo que no podía pensar al ser ella, de hecho, el objeto de mi incipiente amor. Mi error había sido confundir el estar predestinado a amar con el estar predestinado a amar a una persona concreta. El error de pensar que Chloe, más aún que el amor, era inevitable.

21. Pero mi interpretación fatalista del inicio de nuestra historia al menos demostró una cosa: que estaba enamorado de Chloe. Y el momento en que sintiera que nuestro encuentro o no encuentro no había sido sino un accidente, tan solo una probabilidad entre 5.840,82, sería también el momento en que dejaría de sentir la necesidad absoluta de vivir con ella y, por lo tanto, dejaría de amarla.